

# CATALUÑA: VERANO Y HUMO

Los meses de julio y agosto han agotado el cupo tolerable de incendios durante diez años. Si las estadísticas tuvieran alguna fuerza, Cataluña se quedaría sin incendios durante diez años. No ha habido otro tema de conversación ni de meditación. Arden los bosques. Arden las librerías. El mito del fuego purificador ha invertido su sentido. «¿Quién quema el bosque?», se preguntaba televisión española, y no se daba, como en tantas otras cosas, una respuesta. ¿Quién quema ese libro al año que no hace daño?

Sobre la arena de las playas se especula sobre los incendios que han convertido los bosques en una pesadilla marrón y negra. Bulos sobre la captura de incendiarios de extrema izquierda. Bulos sobre la captura de incendiarios de extrema derecha. Se habla del interés de muchos propietarios forestales que gracias al fuego limpian el bosque y aprovechan la madera superviviente bajo las quemaduras de primer grado. O del especulador de parcelas que gracias al incendio consigue un terreno limpio donde parcelar a gusto. Se habla también de los quemaderos de basura productores de pestes y chispas caprichosas de la soledad.

Pero lo cierto es que Cataluña ha ardlido como si fuera víctima de una maldición telúrica, y la psicosis de fuego ha hecho sospechosas de subversión a los mismísimos niños de Cap Begur. Bastaba una ventolera alzando el polvo de un paisaje agostado, para que a la garganta, a cualquier garganta subiera el grito: ¡Fuego!

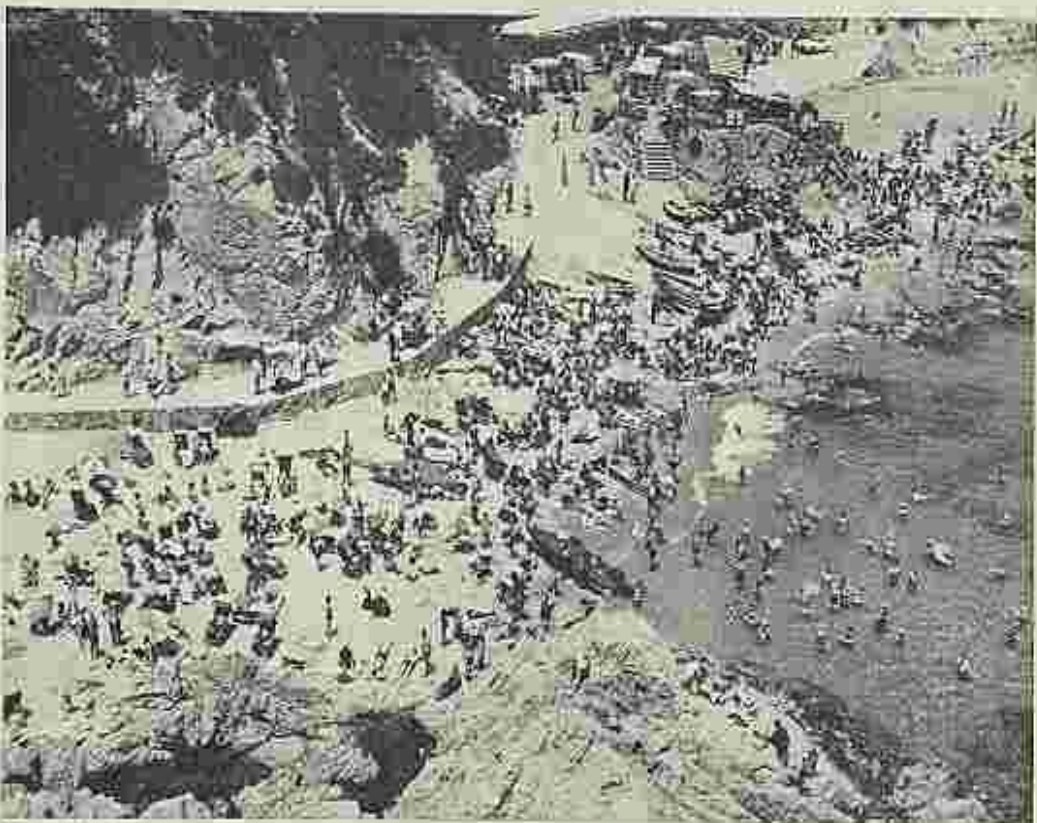
## En la playa

En una playa de la Costa Brava coexisten el heredero de la segunda ó tercera firma española de constructoras de obras públicas, con un filósofo que prepara la tesis doctoral sobre Nietzsche, con el profesoriano Maurici Serrañola acompañado de un público sedante y conversador, con medio millón de alemanes recién lanzados en paracaídas, más un millón de franceses aparrado, automata de su supervivencia. Cien mujeres teñidas de rubio, mil quinientos niños teñidos de rubio, ex adolescentes sensibles que juegan a volibol, tres millones de adolescentes franceses parafascistas que hacen sus primeras armas en videos de probable desembarco, niños de cubito, niñas de organdi, profesionales liberales, profesionales de la revolución científico-técnica, ex directores generales catalanes, directores generales de incógnito, futuros directores generales, niños fugitivos de la trombeta, muchachos despectivos, muchachas blanqueadas, flautistas de Hamelin y de los otros, un muchacho con la ca-

baza llena de caracolílos que hace la vortical y se molesta si la dicen que está mal hecho, muchachas mal teñidas que llegaron en autocar, toreras de primera, toreras de segunda, toreras de tercera clase, toros de primera, toros de segunda, toros de tercera clase, «arnegos» bicolores, ex dirigentes del Sindicato Demócrata que están de peso, propietarios de fuera borde con una mal digerida infantil lectura de Un capitán de quince años, elementos desafectos de la periferia burguesa que en su juventud se sintieron tentados por Marx y ahora alternan el Kamautra con Le livre de la vie Macrobótica, de Onawa, matrimonios blancos y blandos, separados, duros y morenos, parejas que se dan la

«Gracias a nosotros vivís bien los españoles», se atrevió a decir un francés en plena escalada de impertinencia. Alguien le contestó que se callara, que los franceses eran los marroques de Europa. Llegó a España pocos turistas franceses lectores de Montaigne, y, en cambio, casi todos han leído las aventuras del conde de San Antonio. Confieso que uno siente cierto alivio cuando adviene en la arena un isleto de humanidad aborigen y se pega al isleto como si estuviera en tierra extranjera. Uno hasta mira como un colega histórico a esas muchachas que hablan en astellano, idioma adoptado por un importante sector de la burguesía catalana, convencida de que para conseguir cosas en Madrid hay que intentar

la piel desnuda trata de exorcizar con morenura su patética debilidad. Distançados los días laborables, distanciado la irrefutable realidad del invierno, el disfraz de liberados convierte cada playa en un campo de concentración de fugitivos del terror gris. Nunca como en este verano se ha tenido la sensación de que era una simple tragua convencional entre dos tiempos perfectamente iguales y decepcionantes. En la playa las gentes intaligentes hablaban con escepticismo del futuro sociológico, político, arancelario o alimenticio. Los otros son como fieles en la iglesia del Sol y del mar, sometidos a la parsimonia de la liturgia y al premio de un refresco con o sin burbujas.



Distançados los días laborables, distanciado la irrefutable realidad del invierno, el disfraz de liberados convierte cada playa en un campo de concentración de fugitivos del terror gris.

espaldas, parejas que se buscan los mirros y los labios en la tierra y en el mar.

También habría que contabilizar la presencia de las amenazas, la sequía, que ha conseguido convertir la arena en una humareda de polvo, el fuego, que parece crepitar inextinguible en los bosques circundantes; Raimundo Saporta, que se ha interpuesto en el fichaje de Cruyff por parte del Club de Fútbol Barcelona; los franceses, que empiezan a provocar una sorda irritación entre los nativos por sus aires de colonizadores turísticos.

hablar como los nacidos en Avila. Sin necesidad de leer a Cadaqués, ya en otro tiempo capital de la quimérica raza de la «gauche divine», uno puede encontrar a gentes de pluma y pincel en cualquier lugar, casi siempre a la sombra de muchachos o muchachas con o sin flor.

Cada verano trae la evidencia de un fracaso, porque de alguna manera, siempre se espera un verano para hacer lo que nunca se hizo. Hasta las treguas tienen su norma, y el verano lo único que aporta es un disfraz más sensitivo, en el que

## El Ampurdán

La línea litoral es un mundo de verano lano de ruido y destrucciones, compensado por la terapéutica del Sol y del agua. Siete kilómetros tierra adentro, el Ampurdán sigue siendo lo que era: un horizonte de colinas suaves, verdes y tostadas, salpicadas por pueblos inmutables, de colores viejos, con ventanas románticas sobiamente corroídas y un suave olor a cardos invisibles. Desde hace algunos años, muchos profesionales liberales barceloneses han hurgado en estos pueblos



Los meses de julio y agosto han agotado el cupo tolerable de incendios durante diez años. Si las estadísticas tuvieran alguna fuerza, Cataluña se quedaría sin incendios durante diez años.



En Josep Pla hay un juego de distancias trucadas, muy bien trucadas, con la realidad y los otros, un falseamiento de perspectiva que tiene tanto encanto literario como insuficiencia histórica.

viejos en busca de casas abandonadas. Con la ayuda del albañil local, de algún amigo arquitecto y de los concesionarios barceloneses de muebles italianos, esas viejas casas siguen siendo ampurdanesas en el exterior, y en el interior han conseguido un new look rico en sugerencias. Por una parte, los inversores barceloneses se han rendido a la tradición y han escarbado debajo de enyesados y encalados seculares en busca de las paredes de piedra, de las bóvedas catalanas vergonzosamente ocultas por los cielos rasos del positivismo visual. Por otra parte, han convertido cuartos en living room, han abierto pantallas en cinemascopio hacia un paisaje tan clasicista que parece un decorado de égloga escenificada, han pactado con todas las variantes de la chimenea Coderch, mucho me-

nos consumidora de leña que los viejos lares donde aún cuelga el gancho que mecía los hervores de la «escudella».

Otra de las aportaciones de estos fugitivos es la instalación de eficaces tocadiscos con estratégicos amplificadores, donde Bach suena romántico a la hora del crepúsculo rojo de los vientos del Norte, y clásico como un dibujo de tiralíneas a la hora del café y de la siesta. Las siestas son importantes, porque comer es importante en unas tierras que han dado a la cocina catalana casi todas sus peculiaridades. En ninguna biblioteca de estos fugitivos faltan las obras de Pla, en las que, desde una aplastante seguridad empírica, pontifica sobre lo que hay que ver, comer y beber en el Ampurdán. También cada uno de ellos tiene un mapa gastronómico mental (algunos incluso dibujado), donde las Mecas se suceden con sus promesas opiparas: pollo con langosta, pato con peras, platillo de Gerona, pescado al horno, mejillas de cerdo al horno, pies de cerdo con nabos, «suquet» de pescado, mejillones de roca al vapor, ancas de rana gratinadas, caracoles a la ampurdanesa, butifarras dulces, gambas con salchichas, sopa de congrio. Siempre hay una señora Neus, o los herederos de la señora Neus, que hace una de estas cosas mejor que las otras y mejor que en cualquier sitio del mundo. Y casi siempre ha sido Pla quien ha sabido descubrirla e inmortalizarla en sus escritos, que nacieron para ser semanales y se han convertido en la memoria misma de un país, en el espejo de un pueblo.

## M. VAZQUEZ MONTALBAN

Precisamente fue en una cena donde escuché una magnífica definición de Pla en boca de un caballero con maneras de príncipe Salina, más algunos toques adquiridos sin duda en los salones de la memoria de Proust: «Pla es un hombre que sabe pocas cosas, pero las sabe bien, y además sabe cosas que ya nadie sabe: países, gentes, paisajes, peces, gestos». El caballero es una importante personalidad en el mundo de los seguros, amigo de intelectuales, excelente lector y un gran narrador del pasado esplendor de la burguesía catalana que creció entre el ex negro Güell y el notario Porcioles. Tiene grabados en el cerebro todos los árboles genealógicos de una burguesía que debutó a través de Gaudí y se consuma precisamente en estos días, condenando a la piqueta cuatro importantes edificios modernistas de Gerona o convirtiendo la vieja Barcelona en un autódromo irrespirable en el que ya se especula incluso con el subsuelo. El caballero cuenta, entre otras historias, la de un antepasado envidador empedernido y carlista neurológico. Habla en un «restaurant» en otra época glorificado por Pla como el mejor de Palafrugell, hasta que un día le cobraron de más y grabó este dato en su fidelísima memoria.

### El «cremat» y Buñuel

El «cremat», como casi todos los guisos enumerados, es una vieja práctica de pescadores ampurda-

neses, que en las noches de invierno se calentaban por dentro y por fuera en torno a este ponche inimitable. Se mezcla ron blanco con alcohol de vino, algo de coñac, azúcar moreno, canela en rama, una monda de limón, fruta troceada, y se le prende fuego. Cuando se calcula que el consumo de alcohol ha llegado al nivel de tolerancia de los bebedores, se apaga la fogata con unas tazas de café frío. Esta práctica, nacida de la imaginación y de la necesidad, ha sido apropiada por los veraneantes de la Costa Brava, que la convierten en un pretexto para informales encuentros sociales en mangas de camisa.

Hay «cremat» a todos los niveles, pero uno puede asistir a un «cremat» en el que la anfitriona le confunde con Moreno Galván en presencia de un ex director general de algo y de media docena de herederos de importantes razones sociales, acompañados de sus respectivas esposas. Es éste un mundo nuevo o casi nuevo para el que nunca cruzó las fronteras del bien y el mal históricos, delimitado para siempre tras una adolescente lectura de *Le Marxisme*, de Lefevbre. En Madrid creo que es más fácil cruzar la frontera del maniqueísmo y es posible tutear sin intranquilidad a ministros en ejercicio, incluso en mucho ejercicio. En la periferia ya sólo la sospecha de un encuentro en la cumbre nos pone nerviosos, y he de confesar que en cierta ocasión me escapé de un «stand» de librería porque consideré que no tenía un tema de conversación, ni siquiera banal, con el ya próximo y excelentísimo señor Sánchez Bella.

Sin que este «cremat» haya concentrado a protagonistas de la historia política y económica del país, sí brinda un muestrario de importantes comparsas, que bajo el desarme de su atuendo veraniego disimulan paquetes musculares de valores bursátiles y audiencias importantes con gentes casi innumbrables. Sorprende, pues, que esta casta dirigente hable como si no fuera casta y no dirigiera. Incluso los que fueron o son Administración, hablen de las cosas de Madrid y de la Administración con la misma distancia y malicia que emplean para el caso Watergate. Cuentan chistes políticos finos, y de vez en cuando los catalanes recurren a Pla. El encuentro López Bravo-Pla, con motivo del banquete de la boda de una hija de Durán Farrell, da que hablar en esta noche de «cremat». Pla, eran tiempos anteriores a su ataque cardíaco, bebía whisky, y el entonces ministro le comentó amablemente su afición por esta bebida.

—Es que no hace daño, señor ministro. Se mea todo.

La historia regocija porque se tiene el apriorismo de que los ministros en este país no hacen aguas menores ni mayores. A continuación, Pla le dijo a López Bravo que

# Alianza Editorial

## Ideas y movimientos sociales

- 45  
Albert Ollivier  
La Comuna
- 134  
Edward H. Carr  
Estudios sobre la revolución
- \*181  
Herbert Marcuse  
El marxismo soviético
- 190  
Holz, Kofler y Abendroth  
Conversaciones con Lukacs
- \*212  
Sebastien Charlety  
Historia del sansimonismo
- 218  
Antonio Labriola  
Socialismo y filosofía
- \*265  
Norman Hampson  
Historia social de la Revolución Francesa
- 268  
Socialismo utópico español  
Selección de Antonio Elorza
- \*292  
Herbert Marcuse  
Razón y revolución
- 327  
Leon Trotsky  
Sobre arte y cultura
- 329  
Isaac Deutscher  
La década de Jrushov
- 357  
Theodore Draper  
El nacionalismo negro en Estados Unidos
- \*\*\*425  
Edmund Wilson  
Hacia la estación de Finlandia
- 435  
Assar Lindbeck  
La economía política de la nueva izquierda  
Prólogo de Paul Samuelson
- \*441  
Isaiah Berlin  
Karl Marx
- \*\*\*463  
Norman F. Cantor  
La era de la protesta

El libro de bolsillo

32 triunfo

## CATALUÑA: VERANO Y HUMO

consideraba a López Rodó como el hombre más aburrido de España. Aguda observación de Pla y aguda práctica del señor López Rodó, si, como parece, el bostezo se va convirtiendo en el lenguaje de un país evidentemente aburrido. Aquella noche Pla debía estar bajo el signo de la «rauxa», defecto-virtud que los catalanes oponen al defecto-virtud del «seny» o sentido común.

Casi todos los coloquiantes aceptan que vivimos una circunstancia histórica colectiva aburrida. Casi todos hablan de una «burguesía aburrida» y «decepcionante». Al día siguiente, uno de los asistentes nos invitó a su cabaña de pesca, a borde mar con las rocas y las aguas verdes a manera de teatro geológico natural. En los vasos, vino tinto con sifón y whisky. En la cazuela, un plato ampurdanés: gambas con salchichas. Asiste la dama que me confundió con Moreno Galván por la sonoridad de los apellidos. Otra dama, la anfitriona, es ampurdanesa, ha leído a Pla, incluso a Terenci Moix, conoce a Castellet, tiene maneras de personaje-espectador de las películas de Antonioni y habla en catalán hasta conmigo, en una sistemática declaración de principios. Su marido es un agudo observador y juez duro de la burguesía del país. Todos los asistentes son agudos observadores y jueces duros de la burguesía del país. Todos esperamos la llegada de un velero con dos parejas. Se alarga la operación de atraque por la biseñez del patrón, y, finalmente, dos mujeres abandonan el barco a nado, y un hombre —luego supé que era vasco, aunque debí imaginarlo— se pone a andar sobre el mar en línea recta hacia la cabaña. Calza sandalias de gruesa goma insensibles a los escollos y a los erizos. Pero, aparte de la ayuda de las sandalias, camina con el aplomo del inventor de la plomada. El patrón del barco tarda en abandonarlo. Finalmente se decide, ante la evidencia de que las salchichas con gambas han llegado a un punto muerto.

En torno a una mesa movediza, cada cual compone las posturas más idóneas para un encuentro entre extranjeros unificados por el carnet de identidad. La mezcla de intelectuales y ricos impone, quién sabe a través de qué extraños subcanales, el tema de la película de Buñuel, «El discreto encanto de la burguesía». Aprecian a un Buñuel porque es como un Goya. No sé si me explico. Algunos incluso lo han entendido y sonrien enternecidos

por su propia capacidad de «fair play». Se habla de un ministro y se duda de su inteligencia. Una de las señoras se enfada, porque es paisana del ministro. Otra está molesta con otro ministro porque la peluquera de Madrid atiende antes a la señora ministra que a cualquier otra cliente. Los que han trabajado en la Administración insisten en que la experiencia les costó dinero. El Opus, dirá uno de ellos, pudo hacer muchas tonterías, pero, al fin y al cabo, saneó la Administración.

Cuando el dinero entra en la conversación, lo hace a plazos. Los unos se quejan de lo difícil que es alcanzarlo, y los otros lo ocultan desesperadamente. El tema de la burguesía catalana asoma una y otra vez, cargado de peyoratividad. Uno llega a dudar si se trata de una mala conciencia o de una falsa conciencia, aunque decide finalmente que la misma lejanía que han sabido adoptar hacia su condición de casta dirigente la han sabido adoptar hacia la parte del buda de la que nacieron. La dama antonioniesca intervenía poco en la conversación. Contó la historia de un pescador vecino que murió en su barca de una borrachera. Un pescador amigo de Pla. El matrimonio anfitrión es amigo de Pla, y en boca del marido volví a oír casi la misma definición del escritor.

—Si tiene ganas de hablar, hay que escucharle. Habla de las cosas que sabe, y las sabe bien.

Y, naturalmente, tuve que preguntarme a mí mismo qué extraña coartada representa Pla para esta burguesía que no quiere serlo, para esta casta dirigente desconocedora de su propia condición y papel. La respuesta tal vez está en ese «homenot» que Pla dedica a Andréu Nin. Pla se declara seguidor de Montaigne, y desde la perspectiva de escritor catalán que se marchó a Burgos, juzga, con una escritura magistral, a un patético místico de la revolución. En Pla hay un juego de distancias trucadas, muy bien trucadas, con la realidad y los otros, un falseamiento de perspectiva que tiene tanto encanto literario como insuficiencia histórica.

### Fin de tregua

Es indudable que Pla sabe cosas que nadie sabe. Después de haber leído su estudio sobre el comportamiento del calamar infantil o del pulpo infantil y el brutal «bouleversement» gastronómico que estos animales sufren en la adolescen-

cia, los calamares y los pulpos cambian de sabor y textura en el paladar de los lectores seducidos. Igual puede decirse de su magistral estudio comparativo entre la langosta y el bogavante. Después de haber leído sus ensayos sobre los payeses o sus libros descriptivos de su país y de la Cataluña Vieja, uno aprende a escuchar y ver con mayor riqueza las gentes y el país. Con todas sus contradicciones y negativas coherencias a cuestas, Pla es un escritor de excepción que ha cimentado su grandeza precisamente sobre la pequeñez geográfica de sus raíces, según el criterio machadiano de que quien no habla a uno no habla a nadie.

Leyendo a Pla, como estoy haciendo incansablemente después de tantas y variadas recomendaciones, uno comprende el Ampurdán, Cataluña, el verano, los incendios, los peces, los caminos, y uno adquiere su misma perplejidad ante esa coherente geografía invadida por turistas de plástico que reclaman el dinero gastado cuando la Tramontana les echa de las playas o las brumas que habitan en el Mediterráneo al menos desde los tiempos en que Homero escribiera la «Odisea» restan un alarmante tanto por ciento de bronceado. El turismo, como medio de incomunicación, se suma a los restantes medios de incomunicación sospechosamente calificados de todo lo contrario.

Hace falta el temple de un Montaigne para contemplar las destrucciones como si fueran un azar irremediable. El egoísmo del espectador llega a ser tan irritante como la torpeza de los actores. Agosto terminó con un incendio que llegó a las puertas rocosas y grises de Llansá y a los pies de la residencia donde veraneaban los duques de Cádiz. Una Tramontana seca e irrechazable puso en fuga a toda la caracolada europea. Una mañana de septiembre, la playa aparecía ocupada por seis, siete, ocho familias nativas. Hablaban de Julio Iglesias. De los incendios. De los franceses. Del precio de la carne y del arroz. Los niños han adoptado una melancólica desgana de escolares en capilla. La realidad aplazada. El bien. El mal. El invierno. Pero se confirmó el fichaje de Cruyff y un motivo para sobrevivir ha enriquecido la perspectiva del futuro.

Yo ya lo sabía. Una de mis nuevas amistades me lo había confirmado confidencialmente. El estaba encargado de conseguir tres millones de florines en cuarenta y ocho horas. ■ M. V. M.